

SOCIEDAD Y TECNOLOGÍAS DIGITALES: PROBLEMÁTICAS, DESAFÍOS Y NUEVOS DEBATES EN LA ERA DE LAS PLATAFORMAS, LOS ALGORITMOS Y LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

CONVERSACIONES

12 DE MAYO DE 2025

PARTICIPANTES

Fernando Peirone: Doctor en Estudios Sociales de América Latina por la Universidad Nacional de Córdoba. Docente e investigador de la Universidad Nacional de San Martín y de la Universidad Nacional de José C. Paz.

Pablo “Manolo” Rodríguez: Profesor asociado en la materia Técnica, Cultura y Sociedad, Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Investigador del CONICET con lugar de trabajo en el Instituto Gino Germani.

Marcelo Urresti: Profesor de la materia Sociología de la Cultura de la carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Investigador del Instituto Gino Germani.

Ana Wortman: Dra. en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Profesora de la materia Teoría Sociológica Contemporánea, carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Investigadora del Instituto Gino Germani en el área de Estudios Culturales.

COORDINADORES

Silvia Lago Martínez: Socióloga, con estudios de postgrado en Políticas y Gestión de Ciencia y Tecnología (UBA), profesora de las carreras de Ciencia Política y Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales e investigadora del Instituto Gino Germani (UBA), donde dirige el Equipo Sociedad, Internet y Cultura (ESIC).

Martín Gendler: Doctor en Ciencias Sociales, Licenciado y Profesor en Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Beca Postdoctoral) en el Área Educación y Sociedad del Instituto Gino Germani. Profesor de carreras de grado en UBA y UNPAZ y de posgrado en UNTREF, UNSAM, UNC, UNR y UCES. Miembro fundador de la Red de Investigadores sobre Apropiación de Tecnologías Digitales e integrante del grupo de trabajo Apropiación de Tecnologías Digitales e Interseccionalidad del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Anahí Méndez: Magíster en Comunicación y Cultura, Licenciada y Profesora en Sociología, y doctoranda en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Docente Ad Honorem de la Carrera de Sociología (Facultad de Ciencias Sociales-UBA). Integrante fundadora de la Red de Investigadores sobre Apropiación de Tecnologías Digitales e integrante del grupo de trabajo Apropiación de Tecnologías Digitales e Interseccionalidad del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Silvia Lago Martínez: Buenas tardes a todas y todos. Muchísimas gracias por aceptar la invitación para esta conversación. Les hemos compartido algunas ideas preliminares como para ir debatiendo, les proponemos abrir el diálogo hablando en torno al primero de los ejes, los abordajes teóricos conceptuales para trabajar con los temas de las tecnologías digitales y las transformaciones de la sociedad a partir de su expansión y crecimiento, es decir, en los períodos más cercanos. En nuestra literatura encontramos distintas denominaciones para tratar de comprender a la sociedad actual. Algunas más antiguas, como la de la sociedad de la información y del conocimiento, la de la información y las redes, y otras más recientes, donde el énfasis se pone fundamentalmente en el desarrollo del capitalismo, capitalismo de vigilancia, algorítmico, y la cuestión de las plataformas en este devenir.

Lo que nos preguntamos —porque también es una cuestión que pensamos en nuestro equipo, en nuestros debates— es cuánto nos aportan estas categorías que están desarrolladas en función de nuestros propios acercamientos al problema a través de nuestras investigaciones. ¿Qué principales corrientes del pensamiento sienten que les aportan más? Teniendo en cuenta además que cada uno de ustedes tiene diferentes enfoques sobre la problemática en la que estamos trabajando.

Ana Wortman: Muchas gracias por la invitación. Celebro la convocatoria y la idea de reflexionar sobre estos temas. Es una cuestión muy vasta. Estos conceptos que mencionaba Silvia, capitalismo de vigilancia o la cultura de la conectividad que plantea la investigadora holandesa José Van Dijck, cada uno aporta desde distintos planos de la sociedad contemporánea. José Van Dijck de alguna manera está debatiendo con la sociología tradicional o sociología clásica sobre la cuestión del lazo social. Me parece que el punto ahí es ese. ¿De qué manera nos conectamos con los otros a partir de las redes sociales? Por ejemplo, ese libro en particular ya tiene casi nueve años. Pero inicia esa discusión sobre qué significó el Facebook, el Twitter, ahora denominado X, y otras redes sociales más. También está el texto *El capitalismo de vigilancia*, de la socióloga norteamericana Shoshana Zubhoff.

En este caso la discusión gira en torno a qué pasa con la condición humana a partir de las nuevas tecnologías y cómo el capitalismo se apropia de la subjetividad. Discute también sobre las nuevas formas de control social, en las que parece que el capitalismo habría avanzado de sobremanera sobre el sujeto a partir de la información que la gente vuelca en su participación y estar permanentemente en las redes sociales. Y cómo el capitalismo utiliza eso: por un lado la gente vuelca la información y después, cuando consume, genera dividendos al capitalismo con el

uso que las empresas hacen de la información. Eso es lo que yo observo. Y hay bastantes cosas más para discutir, voy a dejarlas para el segundo punto.

Pablo “Manolo” Rodríguez: Agradezco mucho la invitación. En este momento estoy terminando de escribir la presentación para un proyecto. La pregunta que hacen es la pregunta que yo me estoy haciendo hace unas horas, cuando tengo que terminar de delimitar todos los aportes de mi grupo de investigación. Porque me parece que en la pregunta que vos hacés, Silvia, hay algo que para mí es una respuesta cada vez más clara y a la vez un poco decepcionante: que la construcción de un marco teórico común de estas transformaciones es realmente difícil.

Creo que hay varias razones. La primera es que el fenómeno es muy reciente y acelerado. Plataformas, ¿cuánto hace que hablamos de plataformas? De Sociedad de la Información, bueno, hubo 50 años en los que se hablaba de Sociedad de la Información. De Plataformas se habla hace 20, así como categoría. Y es porque cuando empezamos a hurgar de qué se trata esa categoría, cabe de todo. Si hay más de 10 capitalismo, tenemos un problema. De plataforma, de vigilancia, algorítmico. Entonces, ¿qué designa? Creo que estamos en uno de esos momentos donde se alinearon cambios en casi todos los aspectos. Desde los aspectos culturales, económicos, políticos y también desde el marco teórico donde yo vengo, que es el de Michel Foucault, de los modos de subjetivación.

Quienes estamos trabajando en estos temas vemos que las cosas están muy entrelazadas.

Por un lado trabajamos la cuestión “capitalismo”, y lleva toda una vida pensarlo. Pero al mismo tiempo, es imposible no pensar esa transformación en relación con los modos de subjetivación.

Porque efectivamente, como decía Ana recién, la preeminencia de la presencia constante en redes, esta presencia constante en redes también hay que explicarla en términos de un modo de subjetivación, de un cambio en las condiciones del lazo social. Una explicación únicamente económica o política de un capitalismo de plataforma, o algorítmico, o de vigilancia, dejaría en oscuro por qué se produce este cambio. Si no hubiera una —no sé cómo llamarlo— “adhesión” a esta especie de fanatismo comunicacional, no habría tal capitalismo en plataforma.

Entonces, ¿qué es primero? ¿Es el cambio en la estructura económica, que después lleva a un cambio en la estructura política, y ahí a un cambio cultural, y ahí a un modo de subjetivación? ¿Dónde arranca? ¿Cuál es el inicio? Y dependiendo de qué elijamos como narrativa, ¿cuál es la primera instancia? Eso depende de qué término de todos los que hay a disposición pese más, o describa mejor el problema. Pienso que en este momento todos esos enfoques son válidos. Y voy a introducir un término que todavía no apareció para decir que me parece que el único enfoque que es más complicado de sostener es aquel según el cual la inteligencia artificial se transforma en el punto de pasaje para hablar de todo. Hay que hablar de inteligencia artificial, no importa de qué estemos hablando. Lo peor que podemos hacer respecto de ese panorama es decir acá que no pasa nada. O no es una gran novedad, o detenernos en reflexiones del tipo de “pero la inteligencia en realidad no es artificial y no es

inteligencia”. Son discusiones que pueden ser filosóficas y muy interesantes, pero no podemos negar la importancia que tiene hoy la inteligencia artificial.

Elon Musk está en los Estados Unidos. No hay posibilidad de no pensar que eso es influyente. Pero también me parece que como investigadores nuestra responsabilidad es asumir la importancia de este problema y no negar ni llevarlo a discusiones abstractas que no nos dejan espacio de intervención. Y también hay que ser rigurosos a la hora de tratar de construir un marco teórico, que el marco teórico sea múltiple, diverso, y que no haya una línea que gobierne a las demás. Hay que ser riguroso en la elaboración de esta realidad.

Me parece que está claro que Sociedad de la Información ya no corre más como término, yo tuve que escribir hace poco un vocablo, “Sociedad de la Información”, para el Vocabulario crítico de las Ciencias de la Comunicación -Charras, D. de; Kejval, L. y Hernández, S. (coord.) (2024) Vocabulario crítico de las Ciencias de la Comunicación, Taurus- y era como un término que ya pasó.

Marcelo Urresti: La consigna es compleja, no solo porque tiene tres términos cada uno en sí complicado y abarcativo. Entiendo que la pregunta apunta a algo ambicioso, a una reflexión ambiciosa y para mí es muy complicada. En cuanto recibí el mail y la miré, dije “¿cómo hago con esto? Es como la hidra, tiene muchas cabezas este monstruo, ¿cuál corto primero?”. Y lo que se me ocurrió -no porque yo crea que se puede resolver, en realidad creo que merecería muchas discusiones y mucho tiempo, y dedicarnos un tiempo largo a ponernos de acuerdo- es que como mínimo hay tres cosas para discutir.

Primero: ¿qué entendemos por capitalismo? En nuestro caso actual, qué sería el capitalismo de nuestros días. Hay por lo menos cinco o seis denominaciones distintas, que a veces coinciden y a veces no: Infocapitalismo, Semiocapitalismo, Tardocapitalismo, Turbocapitalismo, Capitalismo postindustrial, Capitalismo monopolista financiero, Capitalismo cognitivo, podríamos sumar muchísimas. Es evidente que estamos frente a un problema complicado en el cual habría que tomar alguna decisión. Y me parece que no está mal expresar qué es lo que a uno le gusta, qué es lo que a uno le resulta más operativo para pensar aspectos de una sociedad de capitalismo postindustrial como la nuestra, pero periférica, o por lo menos, excéntrica. Nuestra sociedad no es periférica como podría ser un país africano poco desarrollado en este momento, ni tampoco un país central, estamos en un lugar extraño, como siempre en la Argentina. Y tal vez, si lo acotamos a tratar de pensar qué tipo de capitalismo estamos viviendo hoy en la Argentina, quizás podríamos empezar a ponernos de acuerdo en alguna definición que nos guste.

El segundo gran problema, que es complicadísimo también, es la definición de sociedad. Otro globo gigante en el cual podríamos coleccionar adjetivos de todo tipo para ver cómo la acotamos un poco, o cómo la distinguimos de lo que creíamos conocer hace 20, 30, 40 años. Aquí también me aparecieron un montón de conceptos: por ejemplo sociedad de la información, que tal vez hoy está debilitada, pero sociedad del conocimiento, puede adquirir cierta fuerza descriptiva. No es

exactamente lo mismo pero tiene mucho que ver: sociedad digital, por ejemplo, nadie puede negar que hace dos décadas las tecnologías digital ganan en protagonismo. Sociedad del riesgo también podemos utilizar si nos centramos en las cuestiones derivadas del desempleo, de las crisis económicas recurrentes o de los riesgos ambientales. Sociedad post-alfa, que propone Franco Berardi, para mencionar otra faceta de un desarrollo tecnológico que exige nuevas competencias para el trabajo y la construcción de ciudadanía. Ana la puso en la mesa, y es algo que gana en influencia, la sociedad de redes, que puede aparecer también como sociedad de plataformas. O también, otra denominación algo más antigua, poderosa y potente, como es la sociedad de la comunicación, que a mi entender sigue teniendo mucha vigencia.

Y el tercer gran globo —fíjense que no estoy aclarando nada, simplemente estoy enumerando— es el tema de la tecnología. Nadie puede dudar de que la nuestra es una sociedad donde la tecnología tiene un rol fundamental. Lo que pasa es que también nos tenemos que poner de acuerdo en de qué hablamos cuando hablamos de tecnología y de qué aspecto específico, ya que se trata de un fenómeno extendido y abarcador. Y solo para quedarnos dentro de los ámbitos mencionados, no cabe duda de que la tecnología digital tiene un lugar fundamental, desde el punto de vista de las interacciones sociales, de la subjetividad, de la comunicación en todos sus niveles. La comunicación de nuestros días es digital, con lo cual mucho de lo que mencionamos anteriormente se vincula: por ejemplo, si hablamos de una sociedad de la comunicación, también tenemos que decir de tecnología digital. Y esa tecnología supone el conocimiento, el manejo, el control de electricidad, la electrónica, la microelectrónica y la optoelectrónica, que es la base del funcionamiento de las técnicas rectoras de los procesos productivos y comunicativos. Sin ellas se vería seriamente afectado el proceso de gestión de la logística general de la sociedad. Por lo tanto es una tecnología fundamental.

18

Ahora bien, y en resumen, tratando de comprometerme con la consigna, diría: vivimos en una sociedad capitalista de explotación de saberes y conocimientos que se aplican rápidamente como tecnología, patrón de acumulación central donde toda la información que se obtiene de los ciudadanos, de sus saberes, pero también de sus características, es utilizada como una fuente de producción y reproducción de ese capitalismo en el cual los soportes fundamentales son las tecnologías electrónicas, optoelectrónicas y microelectrónicas que sostienen el conjunto en funcionamiento. En esta sociedad aumenta el riesgo junto con el control, se multiplica el poder que tiene el conocimiento y la gestión informativa de los sistemas que por su misma complejidad los vuelve cada vez más inestables. Eso diría como arranque para responder la consigna, para iniciar una discusión. Más adelante le ponemos los nombres de los autores.

Fernando Peirone: Aprovechando la amplitud de este primer eje, voy a introducir una situación que, en mi opinión, se ha vuelto crítica. Me refiero al ostensible desconcierto que atraviesan las ciencias sociales y humanas en al contexto informacional. Si observamos en retrospectiva, vemos que a partir de la

reconfiguración discursiva del siglo XVII, primero con Kant y después con Foucault, las ciencias humanas y sociales se apoyaron en la Ilustración para definir la manera de pensar el presente histórico, en tanto habitantes de un “ahora” que se renueva constantemente. Más tarde, Agamben retoma y problematiza esa conversación incorporando la noción de lo contemporáneo. Fueron distintos modos de relacionarnos críticamente con el cambiante presente moderno. Pero hoy, frente a la consolidación de lo que Castells llama la “Sociedad Informacional”, la Modernidad y la Ilustración perdieron su potencia identitaria. Y sin esas referencias el presente se fue volviendo un lugar incómodo, impreciso y desconcertante. Nos cuesta trascender la línea argumental, filosófica y cosmovisional que dio lugar a la Ilustración y a la cartografía disciplinar que moldeó la Modernidad. A partir de lo cual, surge la pregunta “¿La Ilustración sigue siendo una clave para pensar la Sociedad Informacional?” En el prólogo del libro *Navegar contra el viento*, una investigación que hizo la UNSAM bajo la dirección de Fernando Calderón sobre el extractivismo informacional, Manuel Castells definió a la sociedad informacional como el orden social que deriva de las nuevas pautas de organización tecnosocial. Un orden global, pero con expresiones propias de cada lugar, de acuerdo a su tradición, su historia, su geografía y su impronta cultural. Porque, como sabemos, lo informacional no se expresa de la misma manera en Japón con la Cultura Animé; que en Estados Unidos con el modo en que los foros de *Reddit* y *4Chan* impulsaron la memética; o que en nuestro país, con la forma particular en que se desarrolló el *streaming*, organizado en torno a una grilla de programación que no existe en otros lugares del mundo. Pero al mismo tiempo, todos estas expresiones situadas son efectos de las nuevas pautas tecnosociales y del modo en que fueron socialmente asimiladas en cada lugar. Como decía Silvia, en los últimos tiempos surgieron muchas formas de denominar a nuestra época, pero la aproximación conceptual que hace Castells con la Sociedad Informacional me parece interesante porque, sin definir un carácter epocal, expone la convivencia de dos contextos difíciles de congeniar. Uno claramente global y el otro claramente local. Ese desdoblamiento sin separación está condensado en el vocablo “glocal”. Un neologismo interesante porque expresa la hibridez de la sociedad informacional y porque discontinúa la tradición aristotélica que sobrevivió a la escolástica medieval y continuó gravitando en la era secular, la Ilustración y la Modernidad. Es una expresión que blanquea la relación consustancial que hay entre lo social y lo tecnológico. Algo que, como también sabemos, fue fundante de la cultura humana, pero que hoy se vuelve particularmente evidente con el orden social emergente. Aunque es una relación que —digamos todo— todavía es muy resistida, en buena medida por el predicamento que aún tiene el pensamiento heideggeriano, heredero de la *tekné* griega. Por lo cual se sigue concibiendo a la tecnología como una mundanidad privada de reflexividad que nos aleja del Ser sin solución de continuidad. Es decir, como una amenaza impersonal en torno a la cual montamos un sistema de defensa y de prejuicios que se van renovando con las distintas coyunturas. Eso se convirtió en un grave obstáculo epistemológico que a las ciencias sociales y humanas les impide realizar un abordaje acorde al desafío socio-técnico que plantea nuestro presente.

Todo esto agitado —como dice Manolo— por los vientos un tanto huracanados de la Inteligencia Artificial, que aparece en un momento crítico de la cosmotécnica

occidental para confirmar viejos dominios y viejas posiciones de acumulación, proporcionando ventajas económicas y políticas que son estratégicas para el enclave tecno-político que desde Silicon Valley modeliza la cultura empresarial y laboral. En ese sentido, la IA perfecciona y prorroga el proyecto de la modernidad por otros medios. Frente a eso, la Filosofía y las Ciencias Sociales se están dedicando fuertemente a informar los riesgos que conlleva la IA y a denunciar sus sesgos estigmatizadores. ¿Es una tarea loable? Indudablemente. Pero no creo que nuestra función sea convertirnos en alertas tempranas de un futuro distópico. Sería como hacer hincapié en la explotación y homogeneización que en el siglo XVIII generó la máquina a vapor aplicada a los procesos productivos —que por supuesto es un dato político relevante—; en lugar de observarla como el emergente maquínico de un cambio en el dominio político y en el patrón de acumulación, con impacto en el orden social, jurídico, epistémico, educativo e institucional. Dicho de otro modo, es como abundar en el síntoma sin ocuparnos, simultáneamente, de la enfermedad.

A eso le podemos sumar un aire de suficiencia enciclopédica que, combinado con la notoria ajenidad del campo con la tecnodiversidad actual, obstaculiza aún más el abordaje del devenir informacional. Por ejemplo, el desconocimiento de la gramática que organiza a la narrativa social emergente, impide interactuar con los jóvenes actuales, que en muchos sentidos se fueron desclasificando de lo sociológicamente identificable y que tienen una gravitación cada vez mayor, tanto en la esfera pública como en la vida política e institucional. Hablamos de sujetos epistémicos que poseen claves interpretativas sobre nuestra época que resultan fundamentales. Pero nosotros seguimos apegados a la letra, referenciándonos en el proyecto crítico emancipador de la Ilustración, sin asumir que hay un desplazamiento evidente de lo escritural hacia lo audiovisual que nos está interpelando seriamente. Eso no sólo nos impide dialogar con los jóvenes, también nos limita para entender y abordar experiencias sociales de nuestra época que son bastante generalizables. Con un agravante, esa falta de interlocución con los jóvenes los deja solos, a merced de una dinámica que no tiene un control efectivo y que por momentos se vuelve salvaje. Por eso, si pensamos que la solución es sacarles el celular a los pibes cuando entran a la escuela, en lugar de educarnos sobre la cultura digital para poder generar estrategias pedagógicas, metacognitivas y socio-técnicas acordes a los desafíos y oportunidades que nos plantea el avance de la sociedad informacional, entonces no estamos tomando dimensión de la encrucijada epocal que transitamos.

Martín Gendler: Yo quería simplemente añadir un pequeñísimo aporte sobre lo que estuvimos charlando, porque se habló principalmente de variedad, de desacuerdos, múltiples definiciones, pero me parece también que hay, o por lo menos hubo en algún momento también algunos acuerdos.

Creo que con respecto a Castells, como uno de los autores pioneros de la información, durante mucho tiempo hubo acuerdos, hasta que en algún momento esos acuerdos se empezaron a romper. Quizás también porque las mismas cuestiones de la tecnología y de la interpretación también empezaron a cambiar. Creo que ahora vamos a empezar a ver también algunos desacuerdos con la noción del capitalismo. Ahora está muy de moda el concepto de “tecnofeudalismo” llevado

adelante por dos autores, a falta de uno, tanto por Durand como por Varoufakis. Después puede ser mucho más discutible si en realidad la hipótesis es correcta o si la cuestión es simplemente una provocación, pero toda esta variedad de cuestiones parece empezar a sofocar un poco los acuerdos previos acerca del estado del capitalismo, entonces viene gente a decir que teóricamente y conceptualmente podemos empezar a pensar otra cosa.

Digo esto como también para completar esa situación que remarcaron muy bien los cuatro, en el sentido de ir reflexionando acerca de qué es lo que se puede llegar a venir, como bien comentaban ustedes, cuando los focos empiezan ya a centralizarse en otra cosa, que justamente no es una nueva tecnología porque viene de finales de la década del 50, que es la inteligencia artificial; en todo caso es una nueva reversión.

Anahí Méndez: En esta dirección entramos en el segundo eje del debate que me parece puede dialogar muy bien, tiene que ver con todo lo relacionado a los procesos en los cambios culturales vinculados a las tecnologías digitales, en torno a los cambios en los consumos culturales, el impacto en los imaginarios sociales, en las formas de ser, de pensar, actuar, de las personas, las subjetividades e identidades juveniles, pero no solamente, las formas de sociabilidad a través de las redes sociales, por ejemplo.

Y también nos interesa consultarles qué opinan sobre esta aparición o esta genealogía de nuevas formas de violencia que se empiezan a ver desde el sentido común en los medios de comunicación, esto de que en las redes se generan prácticas violentas o se van habilitando ese tipo de espacios.

En relación a todo esto, también pensar qué huellas ha dejado la pandemia, o si la pandemia fue un parteaguas para esta nueva producción o, mejor dicho, estas transformaciones en las prácticas culturales.

Marcelo Urresti: Hablar de cultura, casi del mismo modo que en la consigna anterior, supone una enorme complejidad de enfoques, de planteos y de objetos. Si pensamos la cultura desde el punto de vista ilustrado, que Fernando mencionó hace un rato, las consecuencias de estas discusiones van a ser muy distintas a si, por ejemplo, tomamos el término cultura desde el punto de vista de la antropología en sus diversos planteos o desde la comunicación masiva, la industria cultural o el espectáculo de masas. Ahora, la ilustración como proceso histórico del avance de las luces, el aspecto “civilizatorio” de la cultura así entendida, puede ser una pista para entrar en la consigna reduciendo la complejidad, pero sabiendo que se dejan importantes cuestiones afuera. Como estamos haciendo economía argumental, dejamos de lado la discusión sobre dimensión significativa de la realidad social, las estructuras de la significación y de producción de sentido, que son más generales y que las dejamos para otra ocasión.

Entonces, cuando hablamos de cambio cultural, las huellas visibles y tangibles se ven alrededor de la cultura entendida como ilustración. En este terreno, las tecnologías electrónicas implican un sacudón definitivo en el mundo de la producción, de la circulación, de la distribución y de la recepción de lo que, siguiendo la tradición ilustrada, llamamos bienes culturales. Por poner un ejemplo, aunque no agota el

concepto ilustrado, si pensamos en las artes en general, la música, la literatura, el cine, incluso en el teatro, con la irrupción de las redes digitales cambian las condiciones de producción y de recepción en cualquiera de esas ramas. Ya nadie produce música como hace 50 o 60 años. Cualquiera puede producir música de una forma muy barata en casa y la puede hacer circular públicamente, cosa que antes era técnicamente imposible o muy dificultoso para aquel que no tuviera los medios adecuados, que eran la gran mayoría de los que tenían algún afán creativo.

Lo mismo sucede con los productores de textos: hoy en día la posibilidad de editar textos, publicarlos, hacerlos circular, cambió radicalmente (que quede claro que no pienso en la calidad de esos textos). Algo similar sucede con los audiovisuales o con el mundo de la imagen fija: la fotografía o los audiovisuales están al alcance de cualquiera que posea un teléfono celular y una conexión a internet. Se puede hacer muchas cosas con una tecnología barata y de amplia difusión. Y si no se sabe cómo emplearla hay tutoriales con voluntarios que ayudan a usarla y sacarle el máximo potencial. En otra época, por ejemplo, usar un aparato de revelación de fotos era difícilísimo, una consola de 16 canales no la podía adquirir cualquiera, era muy caro, complicado y de difícil acceso. Para editar un texto había que tener como mínimo un offset. Hoy en día, cualquier usuario de tecnología, puede hacer cualquier cosa en cualquier terreno, lo haga bien o no y si lo quiere mejorar acude a algún tutorial, donde un checheno, un japonés o un peruano le va a enseñar cómo usar las cosas que no sabe.

Desde el punto de vista ilustrado, entendiendo la cultura como bienes culturales, hay un cambio del eje de la producción en el que conviven las grandes industrias culturales con producciones amateur de baja escala, de bajo alcance, que circulan por circuitos muy específicos, que gracias a las redes digitales pueden generarse, emerger y buscar sus interlocutores. Y en este proceso, se generan también nuevos públicos. Con estas tecnologías somos distintos en tanto que públicos. Somos distintos como receptores. Nuestra antigua "pasividad", vamos a decirlo así, también cambió, porque es una pasividad compartida e interactiva. Podemos curar nuestra "recepción" con otros, la podemos agrandar, enriquecer e intensificar. Lo que esta revolución técnica produjo en los hogares, en los usuarios, en los sujetos de la recepción, cambia también la lógica de la cultura de masas, que no es que haya desaparecido en su estructura y dirección tradicional, sino que comienza a aparecer por otras redes y circuitos y compite con estas otras producciones que tienen otro origen y que ocupan un lugar creciente en las preferencias de los públicos transformados, especialmente cuando se baja en la edad.

Podría seguir mucho más, pero sería larguísimo. Como parte del proceso, este capítulo que menciono habla de una nueva forma de producir sentido y que, por lo menos desde mi punto de vista, escapa a las visiones más catastrofistas sobre el control, sobre el capitalismo de datos, sobre el control algorítmico, etc., y es una brecha que se ha abierto en una comunicación donde aparecen productores silvestres que en otras épocas estaban acallados o eran autodidactas o autoeditados, siempre disminuidos, y que están dando lugar a expresiones de una nueva cultura popular, mediática, digital, que es compleja, donde cada vez participan más actores, con más lenguajes, con más medios, con más formas de expresión, lo que implica un

cuestionamiento a la monotonía o la unilinealidad del sistema. No sé qué consecuencias tiene por ahora, pero en principio lo desafía, porque no va en la misma lógica, incluso cuando sea apropiado y aprovechado por otros dominantes o monopólicos. En estas producciones hay algo que no se capitaliza, que es el sentido, y me parece que hay una producción desbordante en estos días. No sé si buena, si estéticamente superior. Esa es otra discusión que tendríamos en un ámbito de valoración más estético-filosófico. Pero desde el punto de vista sociológico, es un mundo de una expresividad desbordante, incomparable con la de otros momentos, donde la expresión subjetiva arriba a una multiplicación exponencial. Que también está siendo colonizada, por lo que dijimos en el primer punto, los cuatro, pero ese es otro capítulo que también dejo para después.

Ana Wortman: Podríamos estar tres días seguidos hablando de qué significa la cultura en la sociedad contemporánea. Si pensamos en el sentido clásico de cultura como arte, o el arte como cultura, esta cuestión de la ilustración que traía Fernando, eso se ha modificado radicalmente. De hecho, el otro día fui a una exposición de arte de una persona muy ilustrada en el sentido clásico y perteneciente socialmente a la burguesía, y del campo de las artes tradicionales que ahora hace cuadros digitalizados, algo muy distinto a los óleos tradicionales. Se tuvo que *aggiornar*, o ella pensó que eso era lo que tenía que hacer. Entonces empieza a aparecer esta digitalización en el campo de las artes visuales, o las artes clásicas. Es como que el mundo audiovisual impacta en la producción, por ejemplo, de la pintura.

Ni hablar de la música y de las culturas juveniles. Hay géneros como el trap, por ejemplo, que no existirían sin la tecnología digital. En el trap confluye el uso del celular, de la apropiación de las tecnologías digitales, es música que se puede hacer con el mismo celular, por la rítmica y por toda una serie de elementos que utilizan los pibes, y también su difusión. Los que hacen trap están permanentemente midiendo las visualizaciones que tienen, están construyendo su audiencia a partir del celular. Eso se ve muy bien en una serie brasileña llamada Sintonía, donde el personaje, un cantante de trap, está todo el tiempo cantando y ensayando una canción, y a su vez está midiendo la audiencia que tiene. Y después con esa audiencia hacía algo presencial. Era muy interesante. Entonces hay una transformación de la música, de los sonidos, de esto que mencionaba Marcelo, de la relación con los públicos, cómo se construyen las audiencias, y eso hoy está, a partir de las tecnologías, medido, controlado, producido. Si es que se puede pensar que antes se generaba espontáneamente, pero había una idea de que uno hacía algo y venía el público, y ahora eso está regulado a partir de los llamados algoritmos. También se modifican o se replantean todas las teorías clásicas en el consumo cultural. Hay muchas investigaciones ahora sobre el gusto algorítmico y hasta dónde interviene la clase social en la formación del gusto y cómo se vincula la clase social con el algoritmo.

También si pensamos la cultura como estilo de vida, por un lado tenemos que pensar en las aplicaciones. Las aplicaciones nos han cambiado la vida, y más aún a partir de la pandemia, desde que pedimos comida, pedimos alguien que venga a limpiar la casa, todo el mundo de los cuidados. Cualquier tipo de servicio lo podemos pedir a través de una aplicación. Algunos autores hablan de la uberización de la sociedad,

en el sentido de que sin ser propietario de nada, en el capitalismo de plataforma a se generan ganancias.

Y a su vez todo lo que tiene que ver con la movilidad dentro de la ciudad, cómo cambia la dinámica urbana a partir de los autos Uber o Cabify. También en relación a la vivienda, hay artículos escritos sobre el impacto del Airbnb y los conflictos sociales que esto genera.

El otro día leí una nota acerca de que en un país se prohibió Airbnb por cómo impactaba en la cuestión del mercado de los alquileres. De hecho en Madrid y Barcelona se han rebelado contra el Airbnb. El tema de la vivienda, y cómo impacta el Airbnb en eso es hipercapitalista,

Cómo cambia la forma del trabajo, la desregulación. Por eso en esta cuestión de las aplicaciones y cómo cambia la dinámica urbana, para mí hay una dimensión capitalista y marxista que es el mundo del trabajo. Cómo esto impacta en el mundo del trabajo y cómo esto es consecuencia de algo que también señalaba Marcelo, la pregunta de cuándo se inicia todo esto. Para mí esto se inicia con la desregulación de la sociedad postfordista y el modelo que resulta de la articulación del postfordismo con el neoliberalismo.

Entonces hay una creciente desregulación de la vida social y ahí es donde se meten las nuevas tecnologías digitales. El modelo del emprendedorismo laboral, donde se ven los jóvenes y últimamente también algunos no tan jóvenes circulando con las bicicletas bajo la lluvia, etc. Hay una cuestión ahí de la dinámica capitalista donde hay toda una nueva cultura del trabajo, si se puede decir así, en la que hay una profunda explotación, pérdida de derechos laborales, etc.

Y sucede también en el plano de la educación. Hay una explosión de cursos virtuales, hay licenciaturas virtuales, posgrados virtuales, especialmente post-pandemia y también consecuencia de la crisis económica. Hay mucho más para decir, pero lo voy a dejar para hablar después de las subjetividades.

Fernando Peirone: Con Marcelo acabamos de terminar una investigación, cuyos avances se publicaron en la Revista **Futuros Comunes** de la UNPAZ¹ y que a fin de año saldrá en formato libro, inaugurando la colección “Tecno-culturas en la Escuela” de EDUVIM. Es un estudio sobre el modo en que las tecnologías participan activamente en los procesos de socialización primaria. El universo que tomamos es el de preadolescentes que están terminando la escuela primaria y empezando la secundaria, pero también entrevistamos a docentes, padres y directivos de escuela. El trabajo de campo lo hicimos en el AMBA, a partir de una muestra intencional que abarcó desde el José C Paz y Cuartel V, en Moreno, hasta Núñez; con escuelas públicas, privadas y familias de diferentes estratos sociales. El equipo incluyó estudiantes avanzados de la carreta de sociología de la UNSAM en todas las etapas del proceso investigativo, y si no fuese por ellos no podríamos haber descifrado muchos términos, nombres de videojuegos y aplicaciones; como tampoco

¹ Ver <https://publicaciones.unpaz.edu.ar/OJS/index.php/ti/issue/view/107>

hubiéramos podido analizar y procesar adecuadamente los datos recogidos en el trabajo campo. Porque el argot de los preadolescentes resulta completamente ajeno para los que tenemos más de 40 años. Incluso para los *millennials* ya que, a pesar de estar espaciados por unos pocos años, estas dos generaciones están separadas por un hiato experiencial antes que etario. A ver si puedo aclarar esto. Los *millennials* se encontraron con un mundo que estaba dando un giro drástico cuando ya tenían parte de sus vidas transitadas bajo los códigos de la modernidad. Eso los hizo anfibios. Es la generación de Cumbio, Pedro Rosemblat, Migue Granados y Tomás Rebord, para nombrar algunos *millennials* del *mainstream* porteño, pero hay expresiones en todos los sectores sociales, como ocurre con todo lo informacional. Michel Serrés pensó que esa generación iba a reinventar todo, pero no iban a ser los *millennials* quienes realizaran esa transfiguración porque el mundo se estaba transformando con ellos adentro y sólo atinaron a resignificar lo que ya existía. Eso se ve muy claramente en el modo que siguieron utilizando el lenguaje y las categorías heredadas de sus padres, pero dándoles un sentido divergente. Hay un estudio muy bueno de los sociólogos Alberto Franichevich y Eugenio Marchiori que hicieron en 2009 para Mora y Araujo, donde eso se ve de manera palmaria. Fue un trabajo a pedido de empresarios nacionales y extranjeros que empezaron a notar que no podían fidelizar laboralmente a los *millennials*. Eran jóvenes que tenían saberes tecnológicos fundamentales para la transición incorporarse al proceso productivo informacional, pero cuando llegaba el 15 de diciembre eran capaces de mandar un mail para avisar que al día siguiente se iban a recorrer el país en bicicleta y dejar a la empresa sin una pieza indispensable. Esa desafectación y el modo en que los *millennials* convirtieron sus saberes tecnosociales en “capacidad de agencia informacional” fue muy bien registrado y documentado en el *Informe sobre Desarrollo Humano para Mercosur* que también dirigió Fernando Calderón para el PNUD². La generación Z, en cambio, no es anfibia. Ellos patearon el tablero y, como decía Serres, están participando activamente de una reinvencción general. Podríamos mencionar muchas dimensiones del cambio que comenzó alrededor de 2009 con la masiva desafectación de los *millennials* y que tuvo su esplendor en la Primavera Árabe, en la Ética Hacker y en la Cultura Colaborativa. Pero para mí el *punctum* de esa transfiguración, se genera con la Generación Z, cuando efectivizan un cambio en la narrativa social y despliegan un lenguaje trans-escritural que rompe con la linealidad argumental, asignándole a la palabra un papel secundario. La contraparte fundamental de esa disrupción narrativa fue el modo en que reformularon las prácticas de lectura y le dieron entidad a la gramática hipertextual como una nueva manera de construir sentido. Lo podemos ver en su gimnasia meta-interfáica, que con un golpe de vista les permite detectar todos los elementos y recursos de acción que tiene una interfaz. Nuestra práctica lectura tiene otra modalidad, es lineal y secuencial porque somos hijos de un orden explicador cuya construcción de sentido era progresiva, argumentativa y teleológica como la escritura. Por todo eso, aunque no era un objetivo de nuestra investigación, advertimos que estábamos ante un desdoblamiento de lo real. Más: ante un divorcio experiencial, epistemológico, cultural y narrativo que no está siendo acompañado

² Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

por los adultos ni por la institucionalidad moderna. Lo cual hace que nuestros jóvenes tengan que arreglárselas como puedan en un interregno social desconocido, donde —como dije en la primera intervención— no sólo se ven compelidos a crear sus propias normas de convivencia y de autoridad; también son empujados a crear su propio “sentido práctico” para poder sobrevivir y ganarse el reconocimiento de los demás. La cultura de la cancelación, la cuantificación de seguidores, la monetización de *views*, los *influencers* de *reels*, y la capacidad movilizadora de un *hashtag* como #niunamenos, son emergentes de esa reconfiguración tecnosocial que hoy protagonizan los Z. En mi opinión ellos no viven nuestra distancia como un abandono, sino como algo peor: como la naturalización de un orden social donde ya no tenemos un peso decisivo porque —aunque suene duro— dejamos de ser una referencia socialmente ventajosa. Este es un fenómeno transversal y muy extendido, que genera angustia, bronca, dolor e impotencia en ambos márgenes de la brecha, con derivas subjetivas, sociales y políticas que son cada vez más evidentes. A mí me parece que, frente a esto, las Ciencias Sociales tienen una gran responsabilidad y un gran desafío. Porque si no tendemos puentes con la experiencia social de la Generación Z y no generemos las condiciones de posibilidad para una construcción dialógica de lo común, que contemple las nuevas formas de estar en el mundo, corremos el riesgo de avanzar hacia un abismo.

Pablo “Manolo” Rodríguez: Empezamos este diálogo hace aproximadamente cincuenta y ocho minutos, preguntándonos cómo nombrar esta transformación, cómo pensar cuáles son las categorías para pensarla, con el optimismo de que podemos decidir, que podemos orientarnos en ese caos, y el diálogo se va transformando en ver si tenemos las categorías adecuadas, si tenemos las formas de ver adecuadas. Ahí hay un tema que me parece que es notable, porque cuando esto sea desgrabado o cuando esto se lea dentro de un tiempo —y en general toda la literatura que se está generando ahora en torno a esto—, ¿cómo lo vamos a ver? ¿Como ilustradas e ilustrados mirando una realidad para la cual no sirven las categorías, como si fuera un lamento, una forma de acomodarse algo que no podemos entender muy bien? ¿O estamos en el punto en que por ahí a través de esto estamos generando alguna categoría que nos permita acomodarnos a este mundo y hacer que algo de lo que a nosotros nos interesa como valores pase a este mundo también? En ese sentido a mí se me ocurrieron millones de cosas, pero hay una que me parece muy interesante de Bifo Berardi, que lo citó Marcelo. La obra actual de Bifo es muy difícil de leer, porque es demasiado apocalíptica, pero en su famoso texto “Mediamutación”, que fue traducido en 2007 y probablemente escrito bastante antes, Bifo dice algo interesante: él dice que en realidad hay como dos cambios de configuraciones culturales. Primero es la configuración videoelectrónica, de los años setenta y ochenta, y la segunda parte, a partir de los noventa, es la celular conectiva, y alude justamente a la transformación de la cultura posalfabética. Y en un momento Bifo dice: Acá no se trata ni de celebrar ni de condenar, sino simplemente de que si nosotros como ilustrados e ilustradas tenemos la idea de que la actitud crítica es algo que vale la pena sostener, tenemos que ver cómo pasamos esto en un mundo donde efectivamente la idea de la actitud crítica ya no está regulada por la ilustración. Y en algún sentido las instituciones en las que todavía habitamos están reguladas por una cierta ilustración.

Se puede discutir y se ha discutido millones de veces si es realmente una regulación, y si responde a la ilustración o no, pero me parece muy interesante eso. Y me parece muy interesante lo que plantea Marcelo sobre los tutoriales. Por qué como ilustradas e ilustrados lo vemos como un fenómeno negativo. ¿Por qué no pensar los tutoriales como un fenómeno de ilustración? Y si es un fenómeno de ilustración, entonces hay que revisar cuáles son las teorías, porque solemos asociar la ilustración al carácter letrado, a la linealidad, a la secuencia, a una temporalidad, a una cuestión de lentitud, incluso de lentitud cognitiva. Esta cuestión que se mencionaba de la interfaz, y de la forma en que los jóvenes conectan todo rápido, deja clarísimo que hay otra configuración cognitiva.

Y respecto de eso ya no podemos seguir pensando en que podemos analizar esto con categorías viejas, no para decir que todo es nuevo, porque también el problema que tenemos es decir que todo es nuevo y quedarnos sin una estructura conceptual que creo que todavía vale la pena sostener, porque si no perdemos nuestro punto de intervención.

Entonces en ese sentido, voy a dar un ejemplo que a mí, particularmente, puedo decirlo así, me molesta bastante, que es cuando se habla de que estamos en la era del individualismo. Porque yo lo veo más bien al revés, no es el individualismo. Si estamos hablando en términos de las subjetividades, de los lazos sociales en redes y eso, yo no veo individualismo. En todo caso hay una idea de individuo que se desarma, pero eso no conduce a individualismo. Por eso en ese sentido hay una categoría, que todavía no sé si es un concepto, es una palabra, pero a mí me gusta pensar en el problema de lo individual, que originalmente planteó Deleuze y que después retomaron otros autores, que tiene que ver justamente con tratar de dar cuenta de condiciones de posibilidad de la generación de un lazo social que no está completamente armado en torno a la tradicional distinción de individuo-sociedad, o a la idea misma del individuo, que por otra parte habría que definir.

Entonces esta crítica al individualismo y la concepción del individuo como tirano estaría en el mismo nivel que la concepción de que ahora nadie es ilustrado, y el ejemplo de los tutoriales demuestra exactamente lo contrario: que hay otra cosa. De todas maneras, para no repetir, estoy muy de acuerdo con todo esto, pero hay dos cositas que estaban en la consigna. Decía la consigna: genealogía de las violencias y pandemia.

Con respecto a lo de la pandemia tengo una imagen que creo que lo resume y que a mí me impactó mucho. Era 2020, en uno de los primeros momentos en que se podía ir a buscar comida, yo salí a buscar comida, y lo único que escuché, y me detuve porque no lo podía creer, era ruido de bicicleta. Eran los ruidos de bicicleta de los Rappi, de Glovo, de Pedidos Ya, que estaban dando vueltas, y era el único ruido que se sentía.

A mí me parecía que era el sonido de una sociedad. ¿Qué es la sociedad de la plataforma? Eso, el sonido. Y me parece que, en ese sentido, la pandemia vino justamente a poner las plataformas en primer lugar. Las plataformas, que uno las entiende a veces como infraestructura –la plataforma es donde uno está–, salieron a

la luz. Salió a la luz la plataformización de la sociedad, y esta forma de organización social que es extraña. En algún momento Marcelo habló de ponerles nombres a las cosas, de poner los autores, y pienso en el libro *The Stack*, de Benjamin Bratton, del 2015, que salió hace muy poco en castellano. Allí Benjamin Bratton dice: “No, cuidado, porque la plataforma como tal es una especie de forma de organización entre política, social y económica que está como en una relación variable y transversal respecto de los Estados y de los mercados”. Y es interesante que él no está diciendo que no hay ni estados ni mercados, o que es el comunismo, no, no, no; está diciendo: acá hay algo que está funcionando de una manera diferente. Y yo creo que el mecanismo de las plataformas, la datificación, la algoritmización, conducen a una suerte de movimiento que nos tiene que ayudar también a renovar los marcos teóricos de comprensión.

Y después, respecto de la genealogía de las violencias, el problema es la violencia, y lo voy a decir de manera directa porque nos vamos a entender entre los ex-illustradas e ilustrados. Cuando decimos que las redes sociales son de la derecha, y que no las hemos podido aprovechar, noto ese lamento que estamos siempre dispuestos a llevar. Yo ahí me pondría un poquitito más cauto, y diría que en realidad lo que pasó –quizás me desvíó un poco del tema del capitalismo de plataformas– es que durante 20 o 30 años el capitalismo salvaje le entregó al progresismo el bastón del gobierno de la precariedad. Entonces, en realidad lo que pasó es que fue un ariete. Esto para mí nació en los 90, en ese momento de la desregulación general, el consenso de Washington. Por más que hayamos tenido una ola progresista en América Latina y en buena parte del mundo, esto que se puede ver como un combate entre posturas ideológicas o políticas, en realidad como movimiento general responde a un capitalismo recontra duro, donde efectivamente el progresismo es culpado de algo que no tiene que ver con eso, sino que era tratar de contener un poquito lo que era incontenible. Lo voy a decir de manera brutal: cuando Javier Milei dice que los derechos son privilegios, desgraciadamente está diciendo algo, está apuntando algo, que a nosotros nos duele, porque la garantía de los derechos no fue suficiente para ser percibidos como derechos y entonces en una buena parte de la población eso es visto como un privilegio.

Es horrible lo que está diciendo, es deleznable para nuestro punto de vista, pero está apuntando a algo. ¿Por qué inicio esta reflexión? Porque me parece que cuando hablamos de la violencia y de esta especie de atmósfera medio años 30, 40 que estamos viviendo, si aceptamos que es por culpa del manejo de las redes sociales, es como si dijéramos que en realidad el ascenso de los fascismos y del nazismo al poder tenía que ver con que manejaban muy bien la radio y que además Hitler tenía a Leni Riefenstahl, que era una gran cineasta. Y no, el problema viene de otro lado. A pesar de todo lo que discutimos de la centralidad de la tecnología, hay todo un proceso global que origina la violencia, la violencia viene de ahí. El capitalismo hace 40 años decidió que ya no va a repartir más nada, que ya no le importa nada. Los ricos evaden impuestos como forma de desfinanciar a los Estados para después decir que los Estados no sirven. Es perfecto como lo están armando.

Entonces frente a eso, creo que la saliente que tenemos nosotros como problema es que efectivamente la derecha parece que explota mejor la lógica de las redes, como

si la lógica de las redes fuera de derecha. En realidad la lógica del capitalismo se ha vuelto así y ha generado un tipo de violencia que se expresa en esos modos tecnológicos que desde nuestra visión, aún ilustrada, lo vemos como terrible. Entonces me parece que esto es importante también para ir equilibrando la cuestión de cómo acomodar los determinismos: si es una cuestión de que viene la tecnología y lo cambia todo, si hay transformaciones que se suponen tecnológicas y son transformaciones en el orden de la subjetivación, de la cultura, de la economía, de la política. Vuelvo sobre la primera cuestión: cuál es el hilo a partir del cual enlazamos lo demás. Pero muchas veces creo que también todavía pervive en cierta reflexión el no acertarle del todo al lugar de la tecnología: a veces asignarle una centralidad excesiva y a veces asignarle demasiado poca centralidad. Me parece que este ejemplo de las violencias es eso. El “Gordo Dan” no existe porque sabe manejar las redes, hay algo que hace que existan las redes donde existe el “Gordo Dan”.

Silvia Lago Martínez: Respecto de esto último, que ya lo había pensado cuando lo mencionó Ana, coincidimos ambas en que desarrollamos investigaciones sobre el emprendedorismo, específicamente sobre los emprendedores del área digital que conformaron nuestro objeto de estudio. Llevamos a cabo una investigación larga con pandemia en el medio, que fue compleja, y me imagino que a todos y todas les pasó lo mismo, la complejidad de investigar en pandemia.

Si bien es cierto que el emprendedorismo se asocia con el trabajador de sí mismo, nuestros entrevistados nos indicaban que en el área de la cultura y también del periodismo, la precarización laboral ocurre desde hace muchos años. Nos decían: Yo desarrollo mi propio emprendimiento porque la verdad es que lo que me están pagando es mucho peor, no me pagan ningún tipo de contención médica, ni nada por el estilo, yo me pago mi previsión social. Entonces, ¿cuál es la diferencia? Muchos de los procesos a los que nos referimos tienen sus antecedentes en el deterioro económico y social que venimos padeciendo y que adquiere diferentes formas.

También llevamos a cabo con el equipo una investigación larga sobre tecnologías en la educación superior, que esperamos poder publicar este año. Esta investigación empezó en la pospandemia, aunque no inmediatamente sino en 2023. Estamos trabajando con encuestas, y en este último periodo incorporamos el tema de inteligencia artificial. Los docentes y los estudiantes sí tienen comportamientos más o menos distintos respecto de las redes sociales y las plataformas. Pero una de las cuestiones, a propósito de lo que mencionaba Marcelo sobre los tutoriales, cuando preguntábamos: ¿cómo aprendiste a resolver la problemática de dar clase en pandemia? Con los tutoriales. Porque no hubo casi capacitación, fue como se pudo.

Y otra última cosita, me parece muy interesante la discusión que planteó Marcelo, y también Fernando, acerca de la construcción de sentido.

Porque si quedamos atrapados en esto de la lógica de la codificación de la sociabilidad, tal como está expresado en muchos autores, se empobrecen mucho los estudios y los análisis. No todo está conducido por las plataformas. Tenemos marcos y limitaciones, y también esto que nos marcó Marcelo de las posibilidades de

construcción de los propios sentidos. No atarnos a esta lógica de que estamos todo el tiempo limitados, y que los algoritmos no nos permiten nada.

Generalmente uno no entra en un sitio de ultra derecha, salvo que lo esté investigando. Seguimos también partidos políticos a partir de distintos posicionamientos.

Ana Wortman: Yo quería decir algo en relación con esto que se plantó acerca de la construcción del sentido y cómo se reformula, no sé si el papel de los intelectuales, hablando de la cultura de la ilustración y la modernidad, sino este concepto del que habla Bourdieu de los nuevos intermediarios culturales. Él hace referencia a un momento del capitalismo, que son los años ochenta, cuando empiezan a aparecer los publicistas, los que hacen marketing, etc. Y acá con las nuevas tecnologías estamos hablando de los *influencers*, por ejemplo, los *youtubers*, los curadores de contenido, los *community managers*, los que hacen las *playlists* de Spotify. Hoy los jóvenes escuchan más a los *influencers*, a los *youtubers*, y tienen sus *youtubers* preferidos. También la política se apoya ahora en todas estas figuras. Algunos de derecha, otros no. Pero ¿cómo intervienen todas estas figuras nuevas en la construcción de sentido? Y también fue mencionado el cambio en las formas de informarnos. El periodismo, ¿cómo se transformó? Y nosotros mismos nos transformamos. Ya no compramos tanto el diario, leemos de una manera fraccionada. Por ejemplo, mi hijo se informa por Twitter. Y todos nosotros quizás ya no leemos quizás una nota entera.

¿Y cómo impacta todo esto en el tiempo? Hay una cuestión con la temporalidad. Pasa con las series, por ejemplo las españolas, cuando un capítulo dura una hora la gente las deja de mirar, entonces empiezan a hacerse series donde los capítulos duran 40 minutos. Es algo que nos atraviesa. Así como el espacio cambia con la geolocalización, con el uso del celular, etc. Me parece que el tiempo y el espacio se redimensionan a partir de estas nuevas tecnologías.

Y en relación a esto aparecen también internas en el mundo del cine, hay directores de cine que están en contra de las series y están las nuevas series que critican al cine, y a su vez las películas también se van transformando en su producción a partir de las nuevas tecnologías. Hay un redimensionamiento de los bienes culturales.

Marcelo Urresti: A mí me parece que hay un proceso que viene siendo indicado por todos los estudiosos de la comunicación. Cuando entendemos cultura en el sentido de las industrias culturales o la comunicación masiva, no son términos ajenos entre sí, yo diría que con las tecnologías digitales hay un cambio muy importante desde el punto de vista sociológico: la desmasificación. Yo no sé si termina en individualismo, comparto las objeciones que hace Manolo, pero tenemos que partir de la idea de que la oposición individuo-masa de otra época, que nos servía para entender muchos procesos culturales y comunicativos que llamábamos masivos, y que incluíamos dentro del proceso que llamábamos masmediatización de la cultura, hoy en día no se producen del mismo modo. Hay un proceso de desarticulación de esa masificación originaria de la cultura y que tiene un efecto paradójico: es más universal que nunca, es más generalizada que nunca, pero sin embargo no conforma masas, o por lo menos no conforma masas como las que conformaban los medios masivos

analógicos de otras épocas. No hay más audiencia de radio, no hay más audiencia de televisión abierta, no hay más exposición a información hostil, que a mí me parece que es un tema importante, porque tendemos hacia lo que algunos cognitivistas llamaron sesgo de confirmación, que es una idea que está circulando con fuerza, que es la conocida reafirmación ideológica de otros tiempos. Hoy, cuando uno no escucha o no ve lo que quiere, cambia de dial. En otra época, cuando no había muchas opciones (característica típica de la sociedad de masas en términos comunicativos) los sujetos se veían expuestos a información hostil, a cosas que no conocían, que no sabían y que obligaban a los espectadores a entrar en contacto por la fuerza con temas que no eran de su inmediato interés.

Hoy en día eso no pasa más, porque como cada cual selecciona el tipo de medio que quiere y el contenido afín a sus propias urgencias, vamos a decirlo así, termina generando burbujas editoriales. Y el problema de la burbuja editorial es que se autoconfirma todo el tiempo. Eso hace 40 años no existía. Hoy se da una severa segmentación de la comunicación como norma general. Entonces todo el mundo está encerrado en su burbuja y el problema es que cuando se sale de esa burbuja, se produce una respuesta violenta: entrar en la agenda informativa del otro es entrar como un elefante en un bazar. Eso produce cada vez más violencia comunicativa. Esto hay que tenerlo en cuenta porque si bien no va hacia la individualización, va hacia una segmentación de grupos cada vez más pequeños que comparten cada vez menos elementos con los demás. Es obvio que este problema no lo van a resolver los medios masivos de comunicación, porque es el modo en que conservan las audiencias que tienen, lo que funciona como una forma endémica de producción de sentido basada en el desacuerdo, la discrepancia, lo que puede manifestarse incluso en violencia simbólica, hoy más presente que nunca. Antes había grupos desatados, pero eran minorías, hoy la desatada puede ser tu vecina, puede ser tu mamá o tu hermano que escuchan Radio Mitre, y cuando vos le decís cualquier cosa que no coincida con su agenda te responde con un sopapo informativo. Es algo tan fuerte que hasta puede generar contradicciones inéditas, como católicos que odian al Papa, terraplanistas que estudiaron en la universidad, gente razonable que de golpe se vuelve antivacunas, ese tipo de cosas están hablando de fenómenos culturales que hace 40 años no existían, que tienen que ver con las redes y se pueden explicar a partir de ellas.

Martín Gendler: Creo que muchas de las cuestiones que han estado intercambiando conducen al último eje de los nuevos desafíos en tecnologías digitales, el papel de las plataformas y la inteligencia artificial, acá dice “la vida cotidiana de las personas”, pero podemos pensar también en la cultura, en la economía, en la política. La consigna dice: cuál es el rol y capacidad de acción de individuos colectivos e instituciones en este proceso y cuál es el rol del Estado y o los diálogos con la sociedad civil, ¿se debería avanzar en políticas públicas y regulaciones y en qué dirección? Creo que quizás a muchas de las cuestiones que estuvimos charlando, estos cambios, estos modos de interpretación, estas cuestiones respecto del sentido, les podemos agregar finalmente el factor que mencionaron al principio: todo es inteligencia artificial. Bueno, ahora puede también estar sobre la mesa la pregunta de qué nuevos desafíos en torno a lo que estuvimos charlando abren estos

desarrollos de la inteligencia artificial, que forman parte de la última etapa de una larga cadena de cuestiones respecto a la tecnología.

Fernando Peirone: En línea con lo que dice Silvia, me preocupa el modo en que acumulamos diagnósticos sin pasar a un estadio superador, donde las Ciencias Sociales empiecen a generar saberes socialmente válidos. Porque convengamos que no alcanza con identificar dificultades y desolaciones generalizadas si no exponemos de un modo socialmente útil las razones por las que esos pesares persisten y se agravan. Lo cual no ocurre sin un involucramiento sensible con la experiencia social. Dicho de otro modo, si el discurso científico no encuentra la manera de luchar contra su proclividad a las prácticas de pertenencia excluyente y se aviene a una asimilación dialógica de experiencias sociales que surgen con el devenir informacional, corre el riesgo de convertirse en el latín de nuestro tiempo. Involucrándonos en investigaciones de acción participativa podemos generar saberes socialmente válidos, convirtiendo las experiencias sociales en insumos de reflexión crítica y, como suele decir Eduardo Rojas, en teoría social aplicada. Es cierto que en un contexto de anomia epistemológica como el que vivimos en la actualidad eso se vuelve particularmente difícil, pero será cuestión de generar las condiciones que permitan trascender la sobrediagnóstico y confrontar ese repertorio con la experiencia social, para pensar el modo en que queremos habitar el mundo, antes de que el reordenamiento geotecnológico lo haga por nosotros. Por eso celebro este tipo de encuentros, que por fortuna no son excepcionales, porque rompen las prácticas endogámicas y asumen la potencia aplicada que tiene la producción de las universidades nacionales. Como ocurrió durante la pandemia con la producción de barbijos y vacunas propias, pero esta vez desde las Ciencias Sociales. Es cierto que no son terrenos homologables, pero podemos tomar ese ejemplo como una referencia, porque a pesar de ser un momento aciago en el mundo y en nuestro país, la ciencia argentina pudo generar respuestas acordes a las necesidades de nuestra sociedad.

32

Mientras tanto Digital House, Coderhouse y Platzi ofrecen cursos de formación que promocionan diciendo que fueron “pensados para el mundo real”. Son iniciativas oportunistas, instrumentales y puramente económicas, sin ambages. Pero también debemos admitir que a los pibes les resultan atractivas porque son propuestas que empatizan con las formas en que ellos habitan el mundo y gestionan el conocimiento. Eso es algo para tener en cuenta.

Por último, resulta evidente que la inermidad no es una alternativa. Lo vemos en los debates que se están dando en el interior de las universidades, en los movimientos sociales, en el mundo sindical, en las cooperativas, o en el modo en que los usuarios producen tutoriales, *reels*, videos y *streamings* abordando críticamente el devenir informacional. Y también lo vemos en la manera en que los pibes buscan técnicas para educar o desorientar a los algoritmos —esto es algo que salió en nuestra investigación. Son prácticas y posicionamientos que tienen un alto contenido político y que, desde distintos lugares, están resistiendo el consumo compulsivo que inoculan las Big Tech, siempre de manera subrepticia.

Ana Wortman: Quería hacer una reflexión breve sobre el tema de los nuevos sujetos o nuevas subjetividades. A mí me llama muchísimo la atención, porque tengo oportunidad de cruzarme con psicólogos, psicoanalistas, en distintas situaciones y espacios, la dificultad que tiene el mundo del psicoanálisis en aceptar cómo son los jóvenes ahora, cómo es la gente ahora, y en particular a las nuevas tecnologías.

Tienen un rechazo total. En un espacio cultural en el que participo en una ocasión propuse hacer un encuentro por Zoom, y dicen: “no, yo por Zoom, no”. Todo tiene que ser presencial. Y es raro porque en la pandemia algunos psicólogos más jóvenes empezaron a trabajar por Zoom y continúan, porque si no, no tienen pacientes.

Tienen un rechazo visceral y no pueden repensar la teoría del sujeto en relación a esto que vos señalabas, del cambio cultural. No solamente en los jóvenes sino en cada uno de nosotros. Y hay gente ilustrada que, además, posee cierta idealización del pasado con respecto a los encuentros afectivos y demás. Cuando yo pienso en mi abuela o mi bisabuela, que los casaban, uno de la colonia de acá, otro de la colonia de allá, y los casaban. La mediación era la familia y ahora es la red social.

Pero a lo que voy es a esta cuestión de los psicólogos y los psicoanalistas que trabajan con el dolor humano y que no pueden adaptarse o repensar la teoría del sujeto.

Pablo “Manolo” Rodríguez: Lo que es interesante ahí es el caso de los primeros programas de inteligencia artificial que no estaban basados en la tecnología actual de las redes neuronales, sino en la programación lógica: Eliza.

Eliza, en la década del 60, era un programa experto de psicología. Lo que hacía era captar de algún modo el peso semántico de una palabra en el marco de una respuesta escrita y la formulaba como pregunta. Por ejemplo, alguien escribía “mi madre” y el sistema devolvía “¿cuál es el problema con su madre?”.

Era un chatbot, pero es importante remarcar que no tenía la base tecnológica actual de las redes neuronales. Era una programación lógica, algo muy básico.

El director del proyecto, Joseph Weizembaum, escribió diez años después un libro y mencionó que las personas que estaban trabajando con Eliza, los que habían sido como los conejillos de Eliza, querían seguir siendo analizados por Eliza, y no por un psicólogo.

Entonces cuando uno ve hoy que todo el mundo le pregunta todo al Chat GPT, evidentemente era acertada la imaginación tecnológica que permitía pensar que la inteligencia artificial era como una suerte de doble con la cual íbamos a establecer una relación. Dos programas con 50 años de diferencia y con bases tecnológicas realmente diferentes, porque son dos modos diferentes de pensar la inteligencia artificial, conducen hacia la misma actitud, llevan a la misma escena. Me parece algo muy interesante.

A ver, respecto de la cuestión de las regulaciones y las políticas públicas, yo creo que ahí hay varias cuestiones. Desde el punto de vista de los estados, no se puede evitar pensar en políticas públicas y regulaciones posibles. Y no corresponde renunciar a

esa capacidad, la de pensar y ejercer una regulación. Pero, al mismo tiempo, la regulación tiene el desafío de interrogarse cuáles son los marcos con los que se elabora la regulación. El caso clásico es el problema de la privacidad de los datos. O sea, ¿qué hace un Estado? Toma más o menos lo que hay en la Constitución y en los Estados modernos, distingue entre publicidad, privacidad e intimidad, y piensa los datos desde esa matriz de la concepción del individuo y la relación con las leyes.

El problema es que en una sociedad o en un ámbito cultural donde no está claro que la privacidad sea un valor como antaño, uno puede ejercer esa regulación con el peligro de que regule algo que nadie quiere que sea regulado.

Es decir, si nadie tiene ganas de que se protejan sus datos, si nadie considera que los datos tengan alguna relación con la definición de identidad, entonces queda siendo simplemente un *loop*. La regulación y la formulación de políticas públicas me parece absolutamente necesario y tenemos un caso cercano como el de Brasil, que logró imponer sanciones a la red X de Elon Musk, donde se están haciendo cosas muy buenas.

No se puede dejar de lado eso y es lo mejor que podemos hacer en el marco de la cultura de la ilustración y las formas que tenemos pensado. ¿Por qué? Porque si no ya es entregar todo. Me parece que ahí tenemos que poner un límite.

Además hay otras cuestiones relacionadas con lo de la regulación: la resistencia y la alternativa. ¿Hay posibilidad de resistencia? ¿Hay posibilidad de alternativa?

Si ninguna organización política o social piensa que hay que resistir a un estado de cosas, o no se identifica contra qué hay que resistir, entonces no hay resistencia posible y, sin embargo, creo que deberíamos pensar en eso. Deberíamos buscar ese eje en la medida en que se identifiquen los problemas relacionados al control. Puede no gustar el término, pero el problema de la vigilancia es muy claro. Hay problemas que tienen que ver con el control que existen. Y, por el otro, la cuestión de la alternativa, que es más complicada porque tiene que ver con el tipo de trayectoria tecnológica que se despliegue. O sea, ya que estamos hablando de inteligencia artificial, en buena parte hablamos de esto por la famosa Open A.I. que saca el Chat GPT.

Se llamaba Open porque era una inteligencia artificial de código abierto, pero llegó Bill Gates la compró y listo, dejó de ser de código abierto. Esto es algo que se repite en la historia de la llamada economía digital: lo que empieza como algo de código abierto, se le cierra el código, y listo. Es una de las dinámicas del capitalismo de plataforma. Eso no quiere decir que no haya desarrollo de tecnologías alternativas, en términos de software libre, código abierto, y eso ahí tiene que ver y tiene una relación con el tema de los tutoriales.

Para mí eso tiene que ver con el hecho de que nos falta una noción de cultura técnica. Y no puedo evitar citar a Simondon. Lo que este autor planteaba era que nosotros tenemos que estar a la altura de la tecnología, en términos de ilustración. Tenemos que tener el conocimiento para poder transformar eso, para que no se nos venga como la típica formulación: el impacto de la inteligencia artificial. Llega la

inteligencia artificial, como si no fuera un hecho social, llega, impacta y todos tenemos que hablar de inteligencia artificial.

Eso tiene que ver con alternativas de desarrollo. Las tres instancias aluden probablemente a sujetos políticos diferentes, pero quizás no tanto. Entre regulación, alternativa y resistencia, hay que poder vislumbrar políticamente algo sobre la cuestión. Se nos presenta como un destino, es decir, se presenta igual que todas las tecnologías: la energía nuclear, la biotecnología, etc. como grandes corrientes que vienen y nos arrasan, y después se ve que no.

Si este diálogo lo hubiésemos tenido hace 30 años el tema sería la oveja Dolly ¿cuántos mamíferos superiores clonados dando vueltas entre ese momento y hoy? Ninguno ¿por qué? Porque no es fácil clonar a un animal relativamente complejo.

Esto de pensar que la IA cambia todo o determina todo va a pasar. Y tenemos que tener herramientas analíticas: ¿qué peso de la regulación, qué peso de la resistencia, qué peso de la alternativa va a existir para poder apropiarse socialmente de esta tecnología? Por más que la apropiación social ya existe, a pesar de que nosotros no lo estemos viendo. Tenemos que aprender a verlo y también tenemos que aprender a desarrollar alternativas de comprensión de esa apropiación social para que sea otra porque el estado de cosas no es muy lindo. No estamos hablando de una época liberadora en la que la tecnología está ayudando, la verdad que no.

Martín Gendler: Agrego lo último. La cultura digital está directamente vinculada a las pantallas. Y las pantallas han desarrollado un grado de intuitividad tan impresionante que ahora es cada vez más fácil casi todo porque se ha pensado intuitivamente. Pero el proceso interno es exactamente lo contrario, es inversamente proporcional.

El grado de encriptamiento que tiene el proceso interno es inversamente proporcional y extremadamente difícil. Uno podía desarmar un reloj, un motor a vapor o un motor de explosión y entenderlo. Entender incluso la comunicación a partir de la televisión y la radio como un proceso electrónico, de ondas. Se podía entender. Pero el abordaje y la asimilación de la dinámica interna de los algoritmos y la inteligencia artificial es cada vez más obtusa.

Marcelo Urresti: Simondon siempre decía, uno tiene que poder desmontar los mecanismos internos si quiere entender cómo funciona algo. Si yo quiero entender cómo funciona un motor a explosión, tengo que desarmarlo, o tengo que verlo por partes, o su diseño, y después su dinámica. Tengo que ver cómo está formado, si no es magia. Pero tenemos una gran ventaja: por primera vez tenemos tecnologías que nos permiten aclarar cómo funcionan esas mismas tecnologías, y antes eso no pasaba. Entonces, hay un capítulo favorable para todo aquel que sea curioso y quiera entender el proceso de “caja-negrización” al que tiende la tecnología en general, que no está mal recordar que no afecta solo a la tecnología y se ve por ejemplo en el sistema jurídico o en el sistema de salud.

Vivimos en un momento de creciente tecnología que debería volverse más comprensible por la dinámica misma de la ciencia en que se sustenta y que, sin

embargo, se va convirtiendo en una caja negra. En lugar de transparentarse, el proceso es inverso. A favor, tenemos una tecnología y una esfera comunicativa digital amplia y variada que permite satisfacer esa necesidad de conocimiento y transparencia.

Por último, me parece que hay que volver a construir la idea de autonomía porque puede ser el elemento con el cual decidir qué regulación es positiva y qué regulación es negativa. El criterio entonces sería: ¿esta regulación va a favor de la autonomía? ¿de quién? ¿De los sujetos comunes?, ¿de los ciudadanos?, ¿de los derechos civiles de los ciudadanos que hoy en día están pisoteadísimos por muchas de estas tecnologías, como bien dijo Pablo? ¿van en el sentido de la autonomía en términos educativos? No hay que olvidar que la utopía de la educación es fomentar la autonomía, que es su objetivo central, porque sin ella la educación pierde sentido, o se convierte en adoctrinamiento para la obediencia, y ahí se puede plantear el tema, es decir, la inteligencia artificial ¿vale o no vale, afecta positivamente o no? Entonces, si contribuye a generar más autonomía en los chicos, vale. Pero si los chicos utilizan la inteligencia artificial para evadir cuestiones que nosotros, los docentes, pensamos que son importantes para su formación porque así van a construir una autonomía sustantiva, la inteligencia artificial termina siendo un atajo y a la larga un obstáculo, porque sabemos que de esa manera, con los atajos, se están poniendo las esposas a sí mismos, porque están impidiendo su proceso de formación como ciudadanos críticos.

Yo creo que no tenemos que renunciar a esa idea y me parece que es un elemento de política positiva, que cualquier gobierno neoliberal y de derecha quiere destruir a drede, porque saben que ese es el germen principal de una resistencia en su contra. Mientras eso no exista, lo saben, ellos gobiernan tranquilamente. Mientras haya una rebeldía vinculada con un proceso de autonomía, que no es espontáneo ni se produce individualmente, entonces habrá juicio crítico. Y ese proceso de autonomía se produce sobre la base de la deconstrucción de las cajas negras. Puede sonar muy ilustrado lo que digo, pero si no se genera un proceso de deconstrucción de cajas negras, entonces el futuro es realmente negativo. Si la inteligencia artificial sirve para el hedonismo, para resolver lo que sea del modo más rápido posible, si va en contra de la autonomía, entonces me parece que es inaceptable. La autonomía es discutir el poder, es discutir la colonización de los sujetos, su intimidad, su energía creativa. La autonomía implica discutir la subordinación. Entonces ¿sirve la inteligencia artificial para eso? Entonces sí. ¿Sirve para zafar la tarea? No, te la devuelvo, quedátela, ahorremos el viaje.

Pablo “Manolo” Rodríguez: Como nuestra materia desarrolló inteligencia artificial, nosotros tratamos de anticipar el uso de Chat GPT y en el segundo parcial les propusimos que anoten la consigna, se la den la Chat GPT, que pongan la respuesta y hagan una crítica a la respuesta. Cópiense, y hagan algo con eso. No salió muy bien. No pudieron hacer lo que pensamos que podían hacer, que es tomar los textos sobre inteligencia artificial y aplicar categorías como sesgo de confirmación. No lo pudieron aplicar porque falta actitud crítica.

Marcelo Urresti: Pensándolo técnicamente: ¿puede haber una inteligencia artificial sustantiva? Es una cuestión de tiempo. Si aprende lo suficiente y la nutrimos con las fuentes, los planteos y las discusiones que tenemos, puede haber una inteligencia artificial sustantiva. El día en que eso pase tenemos que aprovecharla, sería una herramienta potentísima que nos podría ayudar en el proceso de autonomización. Si tenemos herramientas que pueden reemplazar el trabajo humano, no peleamos contra la tecnología, peleamos por el salario, por la jornada laboral, por las condiciones del trabajo, por los ingresos universales. Porque la inteligencia artificial es una conquista de todo el género humano, viene de generaciones en generaciones nutriéndose con el trabajo manual e intelectual de nuestros bisabuelos, abuelos, padres, y nosotros, que aportamos y legamos el mundo a nuestros hijos. Si nosotros seremos los últimos esclavos, que bueno, que nuestros hijos vivan libres. No hay que perder de vista esa intención utópica, no hay que dejarles el terreno a los que quieren apropiarse esos logros comunes. Así como pasa que los chicos zafan los parciales, también aprenden cosas que sus mismos docentes no les enseñan. La inteligencia artificial nos tiene que enseñar a todos para que enseñemos y aprendamos en otro lugar. Tal vez la IA termine ocupando el rol que tuvieron los libros, un rol que seguramente será más amplio y no lo conocemos hoy. Una lucha interesante hoy, sería apuntar a darle sentido colectivo a esa creación que es de todos y de nadie a la vez. Y si es apropiada por firmas y monopolios, no importa, responder con otras IA igualmente potentes realizadas con software libre y con acción comunitaria. Es un horizonte tecnológico posible, es económicamente realizable, es social y educativamente deseable.

Martín Gendler: Una última cosa antes del cierre. Recién hablaron de sistema judicial como caja negra, sistema de salud como caja negra. Pero son cajas negras que creo que las sociedades humanas hace siglos que se han animado a intentar desentrañar. Creo que lo que nos falta es animarnos a desentrañar estas otras cajas negras. Entender el funcionamiento técnico es fundamental, y quizás desde las ciencias sociales durante mucho tiempo lo vimos como algo ajeno: eso es técnica, no es social, no es sociedad. Bueno, ya sabemos que lo técnico es social, la sociedad es técnica y cada vez más tenemos que animarnos a abordar eso.

¿Cómo se cita este artículo?

PEIRONE, F., RODRÍGUEZ, P., URRESTI, M., WORTMAN, A., LAGO MARTÍNEZ, S., GENLDER, M., MÉNDEZ, A. (2025). Sociedad y tecnologías digitales: problemáticas, desafíos y nuevos debates en la era de las plataformas, los algoritmos y la inteligencia artificial. *Argumentos. Revista de crítica social*, (32), 14-37. [link]